

Comunicaciones a la Dirección

MÁS SOBRE LA "BIOGRAFÍA" DE ESTA REVISTA

Sr. Director:

Refiriéndome al párrafo en que don José Peraza me nombra en su comunicación inserta en el último número (página 90), créome en el deber de manifestar hallarme conforme con su negativa, en consideración a que mis sostenidas y, a veces, enérgicas invitaciones para reanudar la publicación de esta Revista cesaron, por cansancio, entre los años de 1936 y 1937; y, por lo tanto, cuando, en 1938, el Sr. Peraza tuvo a bien sacarla de nuevo —evaporadas las prometedoras esperanzas que le animaron a suspenderla desde 1933—, obró a impulso de su libérrimo albedrío. Ya entonces no cabía titubear acerca del mejor camino a seguir.

Pero como presumo que habrá lectores interesados por informarse de la verdad cabal, conviene dejar bien claro que no puede estimarse como una de las causas de la suspensión con que don José condenó a la Revista durante los años 1934, 1935, 1936 y 1937 «la desaparición por inexorable ley biológica de personas venerables, resto de generaciones que sabían amar filialmente las cosas de nuestra tierra», pues usted, Sr. Director, en su artículo que figura encabezando el número 100, no cita a ningún colaborador fallecido

con anterioridad a 1939. ¿Quiere Peraza recordarnos, por favor, los nombres de esos sus pobres e inolvidables difuntos que constituyeron ese «resto de generaciones que sabían amar filialmente las cosas de nuestra tierra»?

Tampoco cabe alegar como causa las bajas de suscriptores, puesto que el largo centenar de éstos, casi todos de pago, que figuran en la lista publicada en la cubierta posterior de los dos últimos trimestres de 1938 y de los dos primeros del siguiente año 1939, era —con ligerísimas variantes en cuanto a los nombres pero no al número— exactamente el mismo centenar que había en el momento de la suspensión, y como sus cuotas de diez pesetas sumaban alrededor de mil al año y los cuatro cuadernillos trimestrales de la Revista, integrados por treinta y dos páginas cada uno, costaban solamente setecientos en total, queda refulgentemente claro que no pudo haber los «quebrantos económicos» de que se habla en la página 2 de la edición de enero-marzo de 1938, aunque prescindamos del importe de los ejemplares sueltos que la tirada normal de doscientos permitía vender en las librerías. Y, de aceptar que el negocio resultaba tan ruinoso como Peraza apunta, ¿por qué éste no lo cedió con carácter transitorio a quien reiteradamente se lo propuso, o a quien fuese de su mejor agrado, a imitación del anterior propietario?

Continuando con los frágiles fundamentos con que pretende justificar el cese de la Revista, fingese condolido el Sr. Peraza de que «relegado al olvido casi totalmente el secular espíritu nacional, religioso e hidalgo, dábase el desolador espectáculo de que aun entre quienes por su nacimiento o cultura estaban obligados a mantener la tradición gloriosa, cayese sin vida todo intento romántico de homenaje al ayer histórico de la Patria...»

Precioso párrafo éste, ciertamente; pero, ¡por los clavos de Cristol, díganos don José contra quiénes se dirige, porque si por este caballero no estuviera suscrito, me atrevería a jurar que iba en indeclinable derechura contra él mismísimo, a quien le cae como anillo al dedo. Es por lo menos seguro que se trata de un escape del subconsciente.

Tomás TABARES DE NAVA

VIAJE DE FIN DE CARRERA DE 1955

Cuando el Decano de nuestra Facultad me propuso escribir, en 24 horas, las impresiones de nuestro viaje de fin de carrera, pensé que Lope de Vega no ha habido sino uno y, aun él, si intentase escribir momentos vividos en toda la intensidad con que los vivimos nosotras, llevadas quizás por nuestra juventud, tardaría algo más de un día; pero he aquí que yo intento trasladar al papel algo de nuestras impresiones, y digo algo, porque lo que más vale de ellas se quedó en nuestros corazones, como páginas de un libro que se cerró al pisar de nuevo la tierra canaria.

¡Nuestro viaje! Así lo llamábamos cuando en las aulas de la Facultad discutíamos sobre los festejos, rifas, bailes etc., sobre todo aquello que nos diera un poco de dinero para realizar nuestros sueños. ¡Aquí fue donde empezó de verdad nuestro viaje! ¡Cuántas ilusiones! ¿Adónde iríamos? Recorriamos con la imaginación, desde Tacoronte, ya que con el poco dinero que teníamos era muy probable que nos quedásemos en el vinícola pueblo, hasta Egipto, con sus momias y pirámides.

Pero, eso sí, salir todas juntas a un viaje, eso era lo que importaba; hasta que, por fin, llegó el día de sacar los pasajes. Pero empezábamos mal: no iríamos todas juntas: primero 12 y después 6; nosotras detrás, por si quedaba algún par de miles de pesetas.

Así transcurrió la travesía por el Atlántico. El barco, en el cual las almas marineras disfrutaban; para las que por desgracia no lo son llevan unos días de absoluto reposo, y éstas son las que sueñan, las que ponen las pegas a sus compañeras cuando llegan al camarote «¿Crees que iremos a París? ¿Conseguiremos más dinero? ¿Veremos al Papa?»

Con estas interrogantas, y muchas más, llegamos a Cádiz; ya había que empezar a hacer cuentas; la que coma mariscos, que sea de su bolsillo; la comisión sólo paga la estricta comida, y Cádiz ponía un espléndido día a nuestra disposición, hasta las 5 que cogimos el tren para Madrid.

Todo era hermoso; no teníamos ni un minuto de desaliento.

¡Qué enormes eran las salinas! ¿Cuándo pasaríamos por Sevilla? ¿Y Madrid estaba muy lejos? ¡Ya lo creo que estaba lejos! A mí me pareció una eternidad el tiempo que tuve incrustado el codo de una compañera que se quedó dormida en el tren.

Pero, por fin, fuera codo y a la vista Madrid; en un taxi, a Alberto Aguilera, 32; allí estarían esperándonos las otras compañeras. ¡Pero que si quieres! Cuando llegamos, ¡ni caso!; estaban todas alborotadas, marchaban al ministerio de Información y Turismo y sólo se oía decir: «¡¡Chica esto es maravillosoll... ¿Viste el Museo del Prado?... Me he comprado... Bueno ya te contaré...»

Si alguna vez he sentido algún complejo fue entonces; éramos seis pobres infelices llenas de carbonilla frente a once jóvenes que pregonaban la tradicional belleza canaria; belleza física y sobre todo la que reflejaban aquellos ojos que se habían abierto a la felicidad de lo desconocido; Madrid era en aquellos momentos algo así como la fantasía hecha realidad.

Pero no todos los días en la Corte fueron iguales; de los 17, unos eran de ensueño y otros de realidades, sobre todo en cuestión dinero. Ya sabíamos adónde queríamos ir: Italia era nuestra meta. Fuimos a hablar con agencias de viaje, y todas se pasaban del presupuesto; pero, como en los cuentos de hadas, un día nos anunciaron que el Señor Ministro de Educación Nacional nos quería ver. ¡Aquello sí que eran elegancias! Hubo quien se puso los tacones de 9 centímetros, y yo sé en confianza que si no es que está en la capital de España, a mitad de camino va descalza; pero cuando salíamos del ministerio ni los sentía: ¡Irámos a Italia, hasta con promesa de ver a Su Santidad! Era algo maravilloso; sólo que no nos quedaría dinero para volver a Canarias; pero era lo mismo: a la vuelta, ya Dios proveería.

Desde ese día hasta que salimos, ya volvía a ser Madrid el mismo del principio; se visitaron más museos, se hicieron compras, etc., etc.

Y, por fin, el día 21 de julio, a las 7 de la mañana, salía el grupo de universitarias canarias en compañía de don Antero Simón, profesor de nuestra Universidad, rumbo a Barcelona, en un autopullman de lujo. Bueno, eso dijo la agencia; yo diría guagua perrera, y aún salía ganando.

Almuerzo en Zaragoza, visita rápida a la Pilarica y llegada a Barcelona por la noche.

Sería difícilísimo de explicar la huella que en nuestras almas dejaba el paisaje castellano; no había mar, y nosotras, a pesar de ello, lo veíamos en el horizonte; pero a las ocho horas de autobús, ya Castilla era pesada; no lo podíamos remediar; preferíamos leer su descripción en un libro de Azorín, que contemplar el paisaje movidas por el traqueteo de la guagua. ¡Perdón, autobús!

Noche en Barcelona, y al día siguiente rumbo a la Costa Azul.

Casi casi me adentro en un país extranjero sin aludir a nuestro compañero Francisco Tarajano, porque entre 17 Evas iba un Adán; creo que el pobre tiene de Eva ración más que suficiente para el resto de sus días.

Llegamos a la frontera franco-española, nos bajamos del autobús y con nuestro timple en mano, cantando *El zurrón del gofio*, nos adentramos en Francia; las consabidas fotos con los guardafronteras — cuestión de coba, para si nos apetecía traer algún contrabandillo a la vuelta.

Y de aquí en adelante todo eran miradas a un lado y a otro, discusiones sobre la belleza del paisaje francés y castellano, almuerzo en Perpignan, la primera postal a nuestras casas, con un sello de 30 francos, que todavía no nos parecía caro, noche en Arles, donde cenamos y salimos a conocer el primer pueblo francés; allí apareció ante nuestros ojos la televisión, a pesar de que el cansancio empezaba a anidar en nosotras.

Al día siguiente Niza, la ciudad veraniega; alguna sorpresa nos encerraría; y así fue. Coincidimos con un festival internacional para turistas, y después de un alegre baño en las playas de Niza, al festival. Fue algo fantástico: más de 60 carrozas engalanadas de flores blancas desfilaban ante nuestros asombrados ojos, mientras una batalla de flores se entablaba entre los simpatiquísimos chicos franceses y nosotras; no podemos decir menos de ellos, ya que nos hicieron pasar una noche inolvidable.

Y acuéstese usted a las 4 para levantarse a las 7, camino de la frontera italiana. Pero, eso sí: antes de salir de Niza no podían faltar las carreras por sus calles para comprar algo, aunque fuese un palillo de dientes, pero que no se dijese que no llevábamos nada

de la bella Niza; y creo que lo de los palillos es una idea, porque los *Souvenir de Nice* son souvenir de verdad: recuerdas durante todo el viaje los francos que se pagan por un pequeño recuerdo.

Otro cambio de dinero, cantar la isa, una foto con los *carabinieri* y al autobús.

El paso por la Costa Azul fue algo de película. Como se oía exclamar: ¡Mónaco, Montecarlo, Cannes! Y toda su costa era algo incomparable: las playas con sus bañistas, los balandros a lo lejos, patines acuáticos que abren surcos en el mar, un sol espléndido, era algo que no dejaba cerrar nuestra boca llena de exclamaciones. ¿Pero es posible que se veranea con tanta comodidad? Los *camping* llenos de tiendas de campaña, familias con sus casas ambulantes, en fin, personas tan reales como nosotras mismas, disfrutando de algo que sólo habíamos visto en el cine.

Más de una nos hicimos la promesa de volver con nuestra tienda de campaña a disfrutar de un veraneo en la Costa Azul; se podía hacer, y teníamos ante nuestros ojos la prueba palpable; además, ahora, como llevábamos prisa para llegar a Roma, no pudimos jugar en el casino de Montecarlo ni hacerle proposición de matrimonio a Raniero; pero para la próxima vez sería otra cosa; las tiendas de campaña no se impacientan.

Ya estábamos en la frontera italiana; y en estos pasos de frontera y por todas estas carreteras nos dábamos cuenta de lo bien que se viaja en el extranjero; todas pensábamos en dar clases a la vuelta para comprarnos una vespa, lo que fuese, pero que nos pusieran otra vez el matasellos en el pasaporte.

Almuerzo en Savona, y por primera vez los *spaghetti*. Aquí no se puede decir por primera y última, sino por primera segunda y etcétera, etc. nos hicimos íntimas amigas de ellos en todas sus clases, razas y especies.

Noche en Milán, en *Casa dello Studente*. Después de cenar, visita a la *Piazza del Duomo*, a la *Scala di Milano*, con la grata compañía de un egipcio, un indio y hasta un sueco. ¡Hay que ver la cantidad de cultura que se adquiere viajando!

Ahora Verona. Aquí créo que le tenemos que pedir disculpas a la pareja inmortal de enamorados Romeo y Julieta; no vimos su tumba; pero, eso sí, hubo quien derramó lagrimitas en su honor.

Nos intrigó, durante todo el viaje, el saber si, por cuestión de turismo, la agencia tenía especial interés en que comiésemos los *spaghetti* en sótanos y nuestro alojamiento fuese en residencias para chicos, pues de aquí en adelante supimos el sabor que tienen los macarrones subterráneos y el que nos dijeren: «Lo sentimos mucho; nos dijeron que preparásemos alojamiento para 17 chicos». En fin, esto era lo de menos, lo que queríamos era ver, conocer; y de esto estamos más que satisfechas.

Padova. San Antonio recibió nuestras plegarias, para que no nos dejara toda la vida con las gafas puestas dando clase; con esta esperanza llegamos a Venecia.

Me sería imposible describir lo que significó Venecia para nosotras; sus canales, las góndolas, sus calles estrechas, en las cuales nos perdimos más de una vez, la *Piazza* de San Marcos brillante por la lluvia que nos acompañó durante los dos días que estuvimos, las extensas orillas de Lido. Y hasta Venecia se portó bien en la comida: aquí no hubo *spaghetti*. Además disfrutamos de una serenata a la luz de la luna, en los canales, que creo no se nos olvidará jamás, a pesar de que el paseo en góndola deja arruinada a la estudiante más rica y romántica del mundo.

Venecia es Venecia y nosotras no la podemos comparar con nada. Si San Antonio nos hace caso, seguro que volvemos a darle las gracias, de paso para la ciudad de los canales.

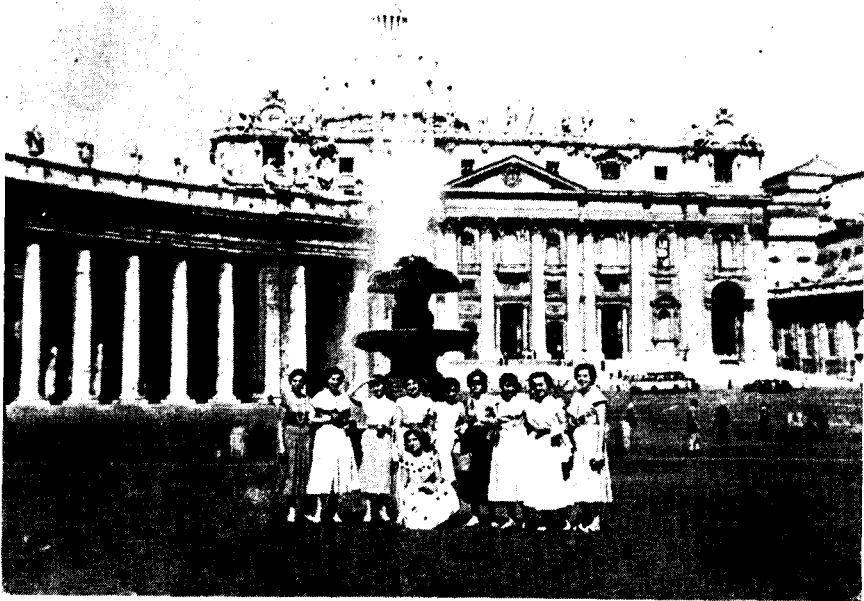
Con el corazón lleno de romanticismo llegamos a Bolonia. Almuerzo en un sótano, ¡cómo no!, y después al Colegio Español, donde nos esperaba don Evelio Verdera. Entramos enarbolando nuestra bandera, el timble y con la isa a flor de labios. ¡Cuál no fue nuestro asombro cuando el solitario timble encuentra compañero! Allí, al son de sus acordes, bailamos la isa, y, después de animar al señor Verdera para que nos acompañara a Florencia, salimos rumbo a dicha ciudad. La cena y la consabida salida para hacernos idea de lo que es esta vieja pero inolvidable ciudad de noche.

El *Ponte Vecchio*, la Catedral, la *Galeria degli Uffizzi*, una exposición de todos los cuadros de Fra Angelico, el *Palazzo Pitti*, *Palazzo della Signoria*, todo esto fue visto al día siguiente por nosotras.

Florencia encerraba demasiado arte para un solo día, y por



Junto a la frontera franco-española. De izquierda a derecha, sentados: Carmen Mendoza, Dolores Perera, Zaida Quinteiro y Francisco Tarajano; de pie: Josefina Hurtado, Carmen Segovia, Concepción de L.-Cáceres, Carmen Jesús Arocha, Anita Escobedo, Olga Carrillo, Isabel García, María Milagros Cruz y Concepción Puerta; en la guagua: Ocilia Martín, Luisa Méndez y María Josefa Pérez.



Estudiantes canarias en San Pedro de Roma, 1955

desgracia en Florencia se encuentra el mercado de la paja; éste fue la bancarrota para muchas de nosotras; ante nuestra vista bolsos, faldas de rafia baratísimas... y tantos museos que visitar. ¿Qué hacer? ¿Vamos al mercado de los museos o al museo de la paja? Hubo opiniones; pero nuestro compañero se fue más de una vez a contemplar solo el arte mientras nosotras regateábamos *cento lire*, a una señora gorda con cara de paja.

¡Que no puede ser! A pesar de nuestra Filosofía y Letras, nos gustan los trapos, y la agencia, no comprendiéndolo así, nos puso día y medio para visitar ambas cosas. ¡Somos unas incomprendidas!

Siguiendo adelante, y con el autobús lleno de paja, y nuestros cuerpos que se empiezan a sentir cansados, almorzamos en Siena, maravillosa y llena de historia. Como mandamos postales de Florencia, ya de aquí no podía ser; había que restringir; ahora nos dábamos cuenta que el franqueo es caro y los *gelatti* de fresa y nata demasiado ricos.

Al fin, Roma, la Ciudad Eterna, nos aguardaba con sus brazos extendidos, pero en una residencia que sólo era para chicos, y después de una discusión con un sacerdote director de dicha residencia, nos dedicamos a localizar al señor de la agencia. Como resultado se decidió dormir en el autobús, y así se hizo, ante el ministerio de Marina. Y ¡qué ironía!, ante un lujoso hotel se para nuestro autobús, y a acomodarse tocan. Yo no sé de dónde salió tanta acróbata ni tanta malabarista, pero oía más de una roncando, y no era precisamente nuestro compañero; a otra pobre la vi aplastada como la serpiente por el hermoso pie que le caía sobre la frente de una joven que dormía, como vulgarmente se dice, a pierna suelta.

Al día siguiente nos despertamos todas como si hubiésemos dormido en un gran hotel y esperásemos el desayuno a la cama; pero la realidad se imponía; había que buscar la agencia y ésta nos lleva atravesando toda la ciudad, ya sin acordarnos de la mala noche. Mirábamos a un lado y a otro: el Foro Romano, el Coliseum, el monumento a Víctor Manuel, etc., todo visto con medio cuello fuera y discutiendo por la ventanilla de la derecha o de la izquierda. Nada nos era conocido y, por fin, Vía Casilina, en las afueras de Roma, un colegio de monjas españolas, blanco, limpio, donde

se hablaba nuestro idioma, y aquella mañana, la primera en la Ciudad Eterna, la dedicamos al aseo personal, que, dicho sea de paso, nos venía a todas muy bien. Pero desde que almorzamos, esta vez comida española, salimos a la calle.

Roma. ¡Esto sí que era grandel Nosotras en Roma. Pero no está aquí todo lo grande, sino en que todas o casi todas llevábamos un pequeño bulto bajo el brazo: nada menos que una botella de coñac: nos habían dicho que se vendía muy bien; pero hasta ahora no vemos los resultados. Pero aquí la venta se dio mejor, aunque unas volvían otra vez con su botella, y otras con las liras. «¡Qué suerte, ya la vendiste! Mañana no la propongás tú, que me toca a mí» También cayó la venta de alguna cajetilla de cigarrillos, y hubo quien, intentando hacer la competencia a un estanco, tuvo que salir corriendo perseguida por la señora de dicho establecimiento que gritaba: «¡A galeral ¡A galeral!»

La primera noche en Roma, unas a dormir y otras a conocer la ciudad de noche. *Villa Borghese* y los jardines del Pincio nos ofrecían, como desde un balcón, un magnífico panorama, orlado al fondo con la iluminada cúpula de *San Pietro*.

Los dos días restantes en Roma transcurrieron sin sentir. Vivíamos al día las emociones. La visita a la *Città del Vaticano* con su entrada por la *Via Conciliazione* desembocando en la monumental Plaza de San Pedro, la Basílica y por último el Museo Vaticano, donde tanta maravilla se encierra.

¡Cómo no! Antes de entrar había que hacerse una foto con los guardias de la puerta: para algo están tan guapos con su uniforme de vistosos colores; y ya dentro del museo era cosa de estar dos o tres días; pero como no podía ser, tuvimos que conformarnos con dar una rápida mirada a aquellas galerías, que parecían un espejismo, hasta llegar a la Capilla Sixtina. Aquí había que pararse y allí se ve al grupo de Canarias, sentadas, muchas en el suelo, contemplando la maravilla pintada por Miguel Ángel, y en voz alta una leía la guía con sus explicaciones. Esto era conveniente, por lo menos eso hacían los demás, y en estos viajes hay que quedar bien, sobre todo dar ambiente de turismo y no quedar como sabihondas.

Otra visita excepcional fue la de las Catacumbas; vivimos momentos de emoción y hubo quien pasó un poco de miedo; unas

esperaban algo más tétrico, y otra se ensimismó tanto, que dejó olvidada la máquina fotográfica. ¿Pero quién la encontraba en tan gran laberinto de galerías?

Una noche fuimos a las Termas de Caracalla, para ver la ópera *Mefistófeles*. La entrada era una de las más baratas, pero a mí me costó como si hubiese sido patrocinada por mí la función, pues esa noche perdí la cartera con todo el dinero que me quedaba para el resto del viaje. Pero todo se olvida ante tanta fastuosidad; algo inolvidable hasta para las que se quedan dormidas en la ópera.

La Estación Termini también nos impresionó; cada una de nosotras nos hacíamos la idea de ser la protagonista de la película que lleva el mismo nombre o de *Vacaciones en Roma*.

Otras visitas siguieron a ésta: San Juan de Letrán, la *Scala Santa* sin faltar la Plaza de España y la *Fontana di Trevi*, donde nuestra moneda quedó como reclamo constante para volver a tan grande ciudad.

Y aquí casi terminaba nuestro viaje. Ahora, sin dinero en los bolsillos, pero con gran alegría en el corazón, el regreso, costeano Italia. La llegada a Pisa con su torre inclinada, la noche pasada en Génova, donde por llegar con retraso sólo pudimos cenar pan y vino; por eso creo que de la ciudad que menos nos acordamos es de Génova, o por lo menos de la que tenemos la idea más nublada, pues el vino hace sus efectos, sobre todo cuando es el único alimento de un estómago hambriento.

Al día siguiente, paso y trámites de frantera, y otra vez la bella Niza, ahora sólo de pasada.

Pero he aquí que cuando salimos de Niza camino de Marsella, la guagüita pèrrera, que hasta ahora no había cogido ninguna perra de estropearse, se para. ¡Y que si quieres! ¡Que ni cena en Marsella ni nada! Mientras el chófer intentaba arreglarla, empezamos a recorrer la playa por gusto; pero a las dos horas nos dimos cuenta que había que tomar la cosa en serio; así que la cena fue a base de un bocadillo, vino y música para bailar.

Llegada la hora de decidir dónde nos acostábamos, hubo dos grupos: unas en la playa y otras en el autobús. Yo, que fui de las que se quedaron en la playa, puedo decir que al principio estu-

pendamente, pues eso de pensar que nosotras teníamos todo el cuerpo estirado y nuestras compañeras estarían encogidas, era algo que nos alegraba interiormente; además estábamos en la grata compañía de dos universitarios argentinos que de paso para Roma pasaban la noche allí.

Pero todo se fue esfumando como por encanto; la brisa marina nos fue poco a poco calando los huesos y nos hizo desfilar una a una hacia el autobús. Pero ahora los términos estaban invertidos: nuestras compañeras habían estirado el cuerpo todo lo posible, es decir, todo lo que el sillón del autobús les daba de sí, y, claro, nosotras nos tuvimos que conformar con algún que otro hueco o con su mullido suelo. Como experiencia no estaba mal, pero como hubiese que pasar otra noche, ya nos tendríamos que encoger todas.

Desde que amaneció nos pusimos a empujar el autobús; una voz alentadora dijo: «¡Ánimo, muchachas, de 5 a 6 toca gimnasia!» Y así lo hicimos. Al junco, dos, preparados...! ya empujábamos, y el autobús sin querer arrancar, por lo que tuvimos que esperar a que viniesen a remolcarlo del pueblo vecino, donde desayunamos y esperamos que lo arreglasen.

Ya arreglado, nos conduce a Marsella. Uu día en esta ciudad es estar en contacto con todos los países extranjeros; veíamos cosas de lo más extravagante e inverosímil, hasta a una de nosotras que se quedó dormida toda la tarde, consecuencia de la mala noche.

Cuando estábamos contemplando una película por televisión, se nos acercó un refugiado español a invitarnos para tomar algo; aceptamos y tuvimos un rato muy ameno de charla. Paseamos por las calles mirando escaparates, pero sin atrevernos ni siquiera a entrar para preguntar los precios; entre nosotras no había ni más rica ni más pobre; creo que muy pocas familias recibieron una postal desde Marsella.

Al día siguiente, Narbona y La Junquera, con paso y trámites de frontera; y aquí sí que nos vinieron de perilla las fotos que nos hicimos a la ida; había que pasar alguna que otra cosilla, y disimulando con un estribillo canario y una picadita de ojo pasaron todos los bolsos de paja y hasta unos cuantos cacharros de cocina; también el aluminio estaba barato en Italia, y como tanto la paja como el aluminio pesan poco, la guagua podía con todo.

Antes de entrar en Barcelona y ya que vamos a llegar otra vez a España, voy a confesar algo, lo único que ensombreció nuestra alegría. ¿Qué haríamos cuando llegásemos a Madrid? ¿Con qué dinero regresaríamos a Canarias? Algunas, previsoras, ya habían dado la voz de alarma a sus casas por medio de una hermosa postal; pero otras esperaban el milagro.

Y el milagro llegó después de la noche en Barcelona, noche que no se nos olvidará, pues aparte de que nos acompañó durante el trayecto una terrible tormenta, al llegar, a las doce, no teníamos ni alojamiento; después de muchos ruegos conseguimos cama, pero no cena, y he aquí la actuación de dos simpatiquísimos serenos que nos proporcionaron dos panes de a metro y algo para poner dentro. Nuestros ojos se cerraron con la última mordida al bocadillo, y así pasó la última noche de viaje en autobús. Al día siguiente, almuerzo en Zaragoza y noche en Madrid.

Madrid con un día espléndido nos esperaba, pero también nos esperaba la noticia de que en los ministerios, nuestra última esperanza, ya no había nadie: todo el mundo de veraneo.

La capital de España fue ahora sólo una espera; esperar de nuestras casas el giro era todo para nosotros; no obstante se hizo una excursión a Toledo, pero ya no se oían las voces que gritaban: «Me he comprado esto o aquello»; además teníamos que discurrir algo, alguna manera de sacar dinero. Se pensó en bailar las isas y folías por la Gran Vía, en buscar cada una colocación de camarera para no pagar la comida; en llamar por teléfono a algún millonario y en escribir a su residencia veraniega a los Señores Ministros de Educación Nacional y Gobernación: y esto fue lo que hicimos, y aquí fue donde se realizó el milagro.

Un día en que veníamos de encargar los pasajes, por nuestra cuenta, claro está, nos avisan, al llegar a la Residencia, que del ministerio de Educación Nacional nos habían llamado y que nos esperaban al día siguiente a las 10. Gritos, lágrimas, abrazos. ¡Nada, que teníamos un complejo de desterradas sin remedio!

Al día siguiente, al ministerio. Caras nuevas, bolsos de Florencia, cheque al canto y viaje a Canarias con la alegría de poder decir en nuestras casas: «He vuelto sana y salva y además os traigo dinero. ¡Si parece que venimos de Venezuela!»

También el Ministro de la Gobernación nos atendió estupendamente. En Sevilla tuvimos una succulenta comida en un lujoso restaurante; pero como esto no lo supimos hasta la llegada, antes tuvimos el aperitivo sobre unas pajaras del muelle, sentadas, comiendo ávidamente pan y tortilla, que un familiar había tenido la gran idea de regalar a una de nosotras.

A pesar de todo, no nos entraron muchas ínfulas; nuestro pasaje fue en tercera clase, y sin maletero que nos llevase la maleta subimos a un pequeño barco que partía rumbo a Canarias desde el gitano muelle de Sevilla.

Y aquí terminan nuestras andanzas, que si no han sido las de Don Quijote, han tenido algo de parecido, y así lo pensaban nuestras mentes al verse alejar la tierra peninsular río abajo. No podíamos negar que nuestra alma es netamente española: es aventurera.

Y ahora, cuando, reunidas de nuevo, contemplamos las fotos y vivimos del recuerdo, no podemos menos que pensar y agradecer a todas aquellas personas y entidades que contribuyeron a que conociésemos horizontes nuevos, con el alma llena de ambiciones y con los ojos puestos en la alegría, en la dulce alegría de vivir ratos inolvidables.

Ana Rosalía ESCOBEDO